

# Sobre el personalismo en Venezuela

## -a propósito de un libro-

*A partir de la presentación del libro **Nada sino un hombre**, de Elías Pino Iturrieta, el autor del presente texto hace su recorrido personal por un problema que parece atravesar la historia venezolana sin distingo de épocas: el personalismo político.*

■ **Diego Bautista Urbaneja**



Antes de cualquier cosa, quiero aprovechar el que Elías me haya escogido para la presentación de su libro *Nada sino un hombre*, para reconocer una vieja deuda que tengo con el autor. La deuda de la larga lectura de sus obras, desde la *Mentalidad Venezolana de la Emancipación*, pasando por *Positivismo y Gomecismo*; *Las Ideas de los Primeros Venezolanos*; *Contra Lujuria, Castidad*; *Venezuela Metida en Cintura*; *Fueros, Civilización y Ciudadanía*; *Ideas y Mentalidades en Venezuela*; *Nueva Lectura de la Carta de Jamaica*; *País Archipiélago*; *El Divino Bolívar*, hasta llegar al libro que hoy presentamos aquí, *Nada Sino un Hombre*. La deuda de haber conocido una obra historiográfica amorosa y severa a la vez con la historia que investiga y que narra, implacablemente imantados ese amor y esa severidad, de todos modos, por ese punto ideal e inalcanzable de todo historiador, fijado con letras de mármol por el gran maestro von Ranke, “averiguar cómo fue que efectivamente ocurrieron las cosas”.

Desde el estudio de las mentalidades y las ideas, hasta la minucia histórica, hasta el entresijo que permite descubrir el talante psicológico de nuestra colectividad: todo ello se ha enterado de la avidez de conocimiento de Elías Pino Iturrieta, y ha sentido el peso de su mirada investigadora. Hasta llegar a detalles llenos de una gracia



reveladora. Por ejemplo, el que nos descubre su ensayo sobre la dificultad para encontrar candidatos a los cargos públicos en la Venezuela de 1840, incluido en su delicioso, *Fueros, Civilización y Ciudadanía*. Allí nos enteramos de cómo un trujillano, paisano por lo tanto de Elías, de nombre Juan Cruz, pide al Ministerio del Interior, en 1846, que lo cambien de puesto, pues en el cargo que le han dado le toca escribir mucho, y a él le gusta es leer. Oigamos a este pícaro, que no carece de argumentos: “Uno no debe buscar un trabajo que no le gusta -dice- y es la verdad que a mi lo que me gusta es leer. Porque no es lo mismo el cansancio del ojo que el cansancio de la mano, que es lo que acabo de entender el año pasado, de tanto escribir una cartas y copiar una leyes muy largas, buenas pero largas. Resulta que la mano se me envaró muy envarada y no voy a ponerme en lo mismo. Pero a lo mejor, si tienen un encargo que me acomode, pues estoy a las órdenes. Mientras tanto, seguiré pendiente, esperando lo que me consigan”. Cuánta Venezuela de todos los tiempos no hay en esas líneas.

Pero vengamos al libro que hoy nos reúne. *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*. Se va a hablar de los orígenes. El límite es pues preciso. El historiador Pino Iturrieta nos confina a los tiempos en los que a su juicio se sembró esa poderosa tendencia colectiva a que sea en la voluntad de un hombre, y no en la efectividad de las leyes y las instituciones, donde la sociedad, o la mayoría efectiva de ella, busque y coloque la fuente real del orden político. No son tan estrechos esos confines, tal como los marca nuestro autor. Abarcan la Conquista, la Colonia, la Independencia. Atravesamos los siglos XVI, XVII, XVIII y el primer tercio del XIX. A lo que vamos a asistir entonces es a un verdadero bordado, a través del cual Elías Pino va enhebrando los hilos que van a formar la densa madeja que constituye el trasfondo histórico del personalismo venezolano. Los hilos de la necesidad social que sólo puede en el momento llenar un individuo, los del resentimiento que se va incubando ante las diversas formas de desigualdad, los del poder de hecho de que disponen personas privilegiadas, gracias a la cual pueden saltarse todas las barreras, incitando así resentimientos; los de la pura y simple arbitrariedad; los del encanto sobre un número suficiente de seguidores... Sobre todo, los hilos que piden el otro hilo con el cual han de enhebrarse. Los hi-

“

**El historiador Pino Iturrieta nos confina a los tiempos en los que a su juicio se sembró esa poderosa tendencia colectiva a que sea en la voluntad de un hombre, y no en la efectividad de las leyes y las instituciones, donde la sociedad, o la mayoría efectiva de ella, busque y coloque la fuente real del orden político**

”

los de Monteverde y Boves, que piden los del Bolívar de 1813, o los del Páez de 1816, y estos a su vez los del Bolívar de 1826 y 1828 y los del Páez de 1829, con Mariño y José Tadeo aportando sus propios elementos y respuestas personalistas, en tono algo menor, para ir tejiendo entre todos la madeja ya dicha. El Diablo Briceño y Manuel Carlos Piar se dejan ver fulgurantemente, dando lugar a episodios terribles y dejándonos con preguntas perturbadoras: ¿cómo hubiera sido de avasallante y subversivo el caudillaje del general Piar?

Pero además de un bordado asistimos a un contrapunteo. Por lo pronto, entre esos personajes, como se acaba de sugerir. Pero sobre todo entre ellos y la sociedad cuyas necesidades de orden, de ancla, de salvación, llenan o creen llenar con sus personas y sus voluntades, mientras la sociedad cree ver así llenados sus requerimientos y aliviadas sus angustias. Hasta la próxima ronda, hasta la próxima llamada del personalismo del aspirante a caudillo que esté de turno al bate. Porque, la verdad sea dicha, no les cuesta mucho imponerse como mandones. A lo largo de todo el libro, resuenan las voces de los que quisieran que las cosas fuesen de otro modo, que se respetasen un poco más la ley y las instituciones. El Regente Heredia, Juan Manuel Cajigal, Juan

Escalona, los hombres del denostado Congreso de Cariaco... pero esas voces suenan débiles, impotentes y serán al cabo vencidas. Vencidas por las urgencias de la guerra, o por el poder avasallante de los hechos, o por el peso real del deseo de mando, o por el llamado carisma de los afortunados, o por la mera violencia del hombre violento. Pero serán sobre todo vencidas porque la colectividad relevante, la que en el momento dado podía hacer que las cosas fuesen de un modo y no de otro, no las oye. Oye a Monteverde, oye a Boves, oye a Bolívar, oye a Páez, oye a Mariño. El contrapunteo que oímos todo el tiempo es el contrapunteo entre el hombre que quiere mandar a su guisa y la colectividad que quiere que la manden. Si había otra, calló lo suficiente. Este es el costado de las cosas que Pino quiere iluminar con su reflector, pues se trata de una historia de los orígenes del personalismo.

En la genealogía del personalismo venezolano que nos traza Elías, figura Lope de Aguirre, el Tirano según unos, el Príncipe de la Libertad según otros, como uno de los antecesores más lejanos. Aunque no se lleva muchas páginas, lo destaca porque la figura de Lope de Aguirre aporta una variante inédita del fenómeno en estudio. Siempre que pensamos en personalismo, nos referimos al hombre que manda. Se trata de un hecho que en principio va de arriba hacia abajo, del hombre que manda hasta el que ha de obedecerle. Pero con Lope de Aguirre topamos con un personalismo que va de abajo hacia arriba. Una maravilla de la literatura política, de la antología de la rebeldía: “Oye tú, rey español...” le dice al monarca. Como diciéndole: a mí no me vas a mandar con leyes y ordenanzas, yo aquí hago lo que me da la gana, que bien que me lo he ganado. Tal vez el *quid* de la cuestión que Elías Pino nos ayuda a responder en este libro, la clave de la evolución del personalismo criollo, sea ese largo proceso, por el cual el tú altanero, de abajo arriba, de Lope de Aguirre –“oye tú, rey español”– se transformó en el tú por el cual el mandamás se dirige de arriba abajo al hombre que sólo está esperando esa voz para saber qué querer, qué pensar y qué hacer.

He venido mencionando, sin querer queriendo, el reparto principal de este librito, que se concentra en la Venezuela que va de 1810 a los alrededores de 1830. Los papeles protagónicos terminan por reducirse a tres: Bolívar, Páez, Mariño. El tema que se lleva un mayor número de

páginas lo constituye la evolución del pensamiento y la acción del Libertador en torno a la idea y el hecho del mando absoluto al que aspiró y que ejerció, y por allí, su papel en el nacimiento de la tradición personalista. El análisis de Elías Pino al respecto es verdaderamente magistral. Por detrás de hechos crudos como pudieran ser la ambición de Bolívar y la fiereza con que es capaz de defender sus posiciones de mando, al trasluz de la obra de Bolívar, cima del personalismo, se descubre el hecho primordial que está en la base de todo personalismo, habitualmente disimulado por toneladas de palabras: la profunda desconfianza en el pueblo. Aquí pongo a salvo la cuestión de la autenticidad con que el Libertador, hombre colosal, pudiera haber vivido subjetivamente la convicción sobre su propia imprescindibilidad.

No es fácil establecer la magnitud del aporte de cada una de las figuras que se suceden en el libro en la construcción de la tradición personalista venezolana. Porque la cosa funciona —y esa es otra imagen posible— según el sistema de las ondas concéntricas que genera la piedra tirada en un estanque, de modo que la onda inicial, tal vez pequeña en sí misma genera ondas cada vez más amplias. Seguramente nunca imaginó el oscuro Domingo Monteverde, esa piedrita pasajera lanzada en 1813, la amplitud de las ondas personalistas que iba a desencadenar, y en las que iba a reverberar, su actuación.

Hasta 1830 nos trae Elías Pino de la mano. Con una impresionante y fascinante acumulación de evidencias, nos da cuenta de cómo se ha sembrado y cultivado una poderosa corriente histórica. Ni inevitable, ni invencible. Simplemente poderosa. Elías nos dice: toma nota, venezolano. Dejada a sí misma, tal corriente parecería destinada a engordar a interés compuesto a medida que pasan los años. Tanto, que podría decirse que los momentos en los que otras tendencias más legalistas asoman la cabeza, corresponden a momentos en que los emblemas del personalismo deciden inhibirse por voluntad propia, dan permiso, por decirlo así, a que las cosas tomen por cauces más legales, más institucionales. Por esas líneas transcurre, por ejemplo, una frecuente interpretación del período llamado de la oligarquía conservadora: un Páez, otra de las cumbres del personalismo venezolano, que, pudiendo no hacerlo, cobija el experimento republicano que camina esos dieciséis años que van de 1830 a 1846.

“

**El contrapunteo que oímos todo el tiempo es el contrapunteo entre el hombre que quiere mandar a su guisa y la colectividad que quiere que la manden. Si había otra, calló lo suficiente. Este es el costado de las cosas que Pino quiere iluminar con su reflector, pues se trata de una historia de los orígenes del personalismo**

”

Pero en historia, las cosas nunca son tan simples, nunca quedan libradas a sí mismas, para que crezcan a interés compuesto. Siempre han de toparse o coexistir o pulsar, con cosas distintas. Los anhelos institucionales, por ejemplo, aunque fuera débilmente, nunca dejaron, ni han dejado, de tocar la puerta de nuestra historia y nunca han sido un mero invento de un mandamás benevolente. Por eso también han tenido sus momentos de triunfo, por eso vale la pena seguir luchando por ellos. Pero esa es otra historia, que espera por un nuevo libro de Elías Pino. Un libro que nos dijera de la siguiente retahíla personalista, de su evolución, de sus madejas, de sus contrapunteos: José Tadeo, Guzmán Blanco, Crespo, don Cipriano, Juan Vicente. Pero que también constatará cómo ese débil llamado a la puerta del institucionalismo pudo cobrar fuerza, hasta dominar desde 1936, con sus más y sus menos y con el paréntesis a mi juicio dictatorial pero no personalista de la década militar 48-58, prácticamente todo el resto del siglo XX, y asestar una herida severa a la tradición personalista. Hasta el punto de que su virulenta reaparición reciente pueda ser plausiblemente calificada de recaída, y que para combatirla encontremos en el alma venezolana muchísimos más elementos de los que podía encontrar, pongamos por caso, Fermín Toro en 1858

para enfrentar el personalismo de entonces.

El tema se prestaba a conexiones con nuestro presente, nuevo clímax del personalismo. El autor del libro las evita puntillosamente. A menos que haya malicia en el siguiente párrafo, destinado a glosar las críticas que Tomás Lander hace en 1826 al proyecto de constitución que Bolívar ha presentado a la constituyente boliviana ese mismo año: “ Su establecimiento, arguye Lander, deja al capricho de un magistrado irresponsable la suerte de las libertades públicas que podían desaparecer por los antojos de un autócrata cuya ilimitada autoridad sobre los aparatos legislativo y castrense, así como sobre las finanzas del estado, hacían temer la consolidación del autoritarismo”.

El hecho de que esas palabras sonaran como para hoy, nos dice de lo tenaz de la llamada hipnotizadora del personalismo venezolano. Pero el que este libro que hoy presentamos haya sido escrito dice de la igual tenacidad de la lucha venezolana contra ese fenómeno. La pelea es peleando. En la medida en que un libro puede serlo —y sólo los hechos dirán cuál fue esa magnitud— Elías Pino Iturrieta, al decirnos cómo fue que efectivamente surgió el personalismo entre nosotros, al descubrirnos las varias capas de la urdimbre de la que esta hecho, y al recordarnos que, después de todo, los jefazos de todos los tiempos no son *nada sino un hombre*, nos ha puesto en la mano, no sólo un valioso instrumento de conocimiento, sino también un formidable instrumento en la lucha por la civilidad.

■ **Diego Bautista Urbaneja.**  
Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Jurídicas de la UCV.